

Y presentándola papel y una pluma, la jóven escribió una carta, y luego preguntó las señas de la casa.

—Calle del Bac, 31, dije.

—¡Calle del Bac, 31! exclamó atónita; ¡ah! la Providencia me ha traído á esta casa!

Dobló luego la carta para su padre, y M. Eugenio, entregándomela, dijo:

—Lleva esta carta al momento: toma un fiacre y está de vuelta dentro de media hora.

Leí el sobre, que decía: «M. Dumont, calle de los Fosos de San Víctor,» y me lancé á la calle en el momento en que pasaba un fiacre. Metíme en él y dije al cochero:

—Precio doble si en media hora vamos á los Fosos de San Víctor y volvemos.

A los diez minutos nos detuvimos ante una casita de pobre apariencia, y llamé repetidas veces. La portera vino á abrir gruñendo, y la pregunté:

—¿M. Dumont?

—¡Ah, Dios mío! exclamó la vieja, ¿le traéis noticias de su hija?

—Sí por cierto.

—En el quinto piso, al final de la escalera.

Subí saltando los escalones de cuatro en cuatro, y llegué delante de una puerta que estaba medio cerrada. Miré y vi un viejo militar que lloraba en silencio besando una carta y cargando al mismo tiempo unas pistolas.

—O mucho me engaño, ó ese es el padre, dije para mí.

Y empujé la puerta exclamando:

—Vengo á traeros una carta de mademoiselle María.

Entonces se volvió, pálido como la muerte, y dijo:

—¿Mi hija?

—Sí; Mlle. María, vuestra hija; ¿no sois M. Dumont, antiguo capitán bajo el imperio?

El militar hizo un signo afirmativo.

—Pues bien, he aquí la carta de la señorita.

Tomóla vivamente, y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—¡Está viva! exclamó; ¿y es tu amo quien la ha salvado? Vamos allá, al momento, al momento, y en tanto, toma, amigo mio.

Y al decir esto, sacó de un cajón cuatro ó seis piezas de cinco francos, tal vez todo lo que tenía, y me las puso en la mano: las tomé porque no se ofendiese; y dije guardándolas:

—Muchas gracias, capitán.

—¿Estás pronto?

—Cuando gustéis.

Bajó á saltos las escaleras, y cuando estuvimos en el carruaje le pregunté:

—Sin indiscreción, capitán, ¿qué queríais hacer con aquellas pistolas que estábais cargando?

—Una de ellas era para un miserable á quien Dios podrá perdonar, pero á quien yo no perdonaré; la otra era para mí.

Figuráme que se trataba del seductor de la jóven, y repuse:

—Pues entonces vale mas que la cosa haya concluido de otro modo.

—Es que no ha concluido, replicó el capitán; pero, cuéntame, ¿qué ha hecho tu amo para salvar á mi hija?

Referíselo todo, y durante la narración ví que lloraba como un niño.

—¡Hija de mi alma! exclamó cuando concluí; no hay ya peligro alguno, ¿verdad? El médico habrá respondido de ella.

—Sí por cierto; no tengais temor alguno.

Llegamos al fin, y bajamos del coche.

—Ayúdame, amigo mio, me dijo el capitán; las piernas no quieren sostenerme.

¡Pobre hombre! Estaba pálido como un difunto; vacilaba, y tuvo que apoyarse en mí para subir la escalera.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto de mi amo, y oímos una voz de mujer que gritaba:

—¡Mi padre! ¡Mi padre!

—¡Es ella! ¡Es su voz! exclamó el capitán.

Y dominando su debilidad, subió de un brinco la escalera, entró en el cuarto sin tomarse el trabajo de saludar, y se lanzó sobre el lecho de su hija, llorando y diciendo:

—¡María! ¡Hija mia! ¡Mi querida niña!



Era por cierto un buen cuadro el que presentaba la habitación, llorando el padre, llorando la hija, llorando mi amo, llorando yo: en fin, aquello era un desconsuelo, y hasta lloraba una enfermera que mi amo había llamado.

—Es necesario que los dejemos solos, dijo M. Eugenio.

Salimos los tres de la cámara, y mi amo me dijo:

—Cuando M. Alfredo de Linar vuelva del baile, ruégale que suba á verme.

Me puse de centinela en la escalera, y un cuarto de hora despues ví llegar á M. Alfredo: subia cantando, y le dije con toda mi política:

—Señor, mi amo quisiera cambiar dos palabras con vos.

—¿Y no puede esperar á mañana? preguntó con aire de mal humor.

—Sin duda, cuando desea que le veais en seguida.

—Bueno, ¿y dónde está?

—Aquí me teneis, respondió apareciendo M. Eugenio; ¿quereis hacerme el favor, caballero, de entrar en esta habitacion?

Y le señalaba la en que estaba la jóven.

Abrí la puerta, y el capitan se metió en el gabinete contiguo, haciéndome seña de que esperara á que estuviera oculto. Cuando hubo desaparecido, dijo:

—Entrad, señores.

Mi amo hizo pasar á M. Alfredo; se quedó fuera conmigo, cerró la puerta, y poco despues oí una voz suplicante y temblorosa que decia:

—¡Alfredo!

—¡María! ¡Vos aquí!... exclamó sorprendido el seductor.

—¡Ah! ¡Es M. Alfredo el padre de la criatura! dije á mi amo.

—Sí, respondió; pero calla y escuchemos.

Durante algunos momentos no oimos mas que la voz trémula y agonizante de Mlle. María, que parecia suplicar á M. Alfredo; pero al fin oimos tambien la voz de éste, que decia:

—No, María; un matrimonio entre nosotros es imposible, porque dependo de una familia que no me permitiria casar-

me. Sin embargo, puedo aliviar vuestra desgracia: soy rico, y si el oro.....

A estas palabras siguió un estrépito horrible.

Para no perder tiempo abriendo la puerta del gabinete donde estaba oculto, el capitan la derribó de un puntapié; la señorita lanzó un grito; su padre pronunció un juramento que hizo temblar la casa, y mi amo dijo:

—Entremos.

Ya era tiempo. El capitan Dumont tenia á M. Alfredo bajo sus rodillas, y le retorcia el pescuezo lo mismo que si fuera un pollo.

Mi amo los separó.

M. Alfredo se levantó pálido, con los dientes apretados, y sin dedicar una mirada á la jóven, que se habia desmayado, se acercó á mi amo y le dijo:

—Eugenio, no sabia que vuestro cuarto era una ratonera; de otro modo, hubiera entrado en él con una pistola en cada mano.

—Así espero que nos veamos, respondió tranquilamente M. Eugenio.

Entonces M. Alfredo se volvió al capitan.

—Caballero, le dijo, no olvidareis que tenemos pendiente una cuenta.

—La saldaremos al momento, si gustais, respondió el anciano.

—Sea.

—El dia empieza á romper, continuó el capitan; podeis ir á buscar vuestras armas.

—Yo tengo espadas y pistolas, dijo mi amo.

—¡Entonces dentro de una hora en el bosque de Bolofia, por la puerta Maillot! exclamó Alfredo.

—Dentro de una hora, respondieron á la vez mi amo y el capitán: en tanto, id á buscar vuestros testigos.

M. Alfredo salió.

El capitán se arrojó entonces sobre el cuerpo de su hija, que continuaba desmayada y llenó de besos sus cabellos y su rostro.

Mi amo quiso prestarle algun auxilio.

—No, no, vale mas que lo ignore todo, exclamó el pobre padre. ¡María! ¡Querida niña! ¡Adios!..... Si muero, M. Eugenio, vos me vengareis, ¿no es verdad? Vos protegeréis á mi hija ¿no es cierto?



—Lo juro por la salvacion de mi alma, respondió mi amo arrojándose en los brazos del viejo.

—Cantillon, me dijo luego, ve á buscar un fiacre.

—¿Y os acompañaré, señor? pregunté.

—Sí.

El capitán abrazó otra vez á su hija, llamó á la enfermera y la dijo:

—Cuidadla, señora, y si pregunta dónde estoy, decidla que voy á volver muy pronto. Vamos, mi jóven amigo, andando.

Cuando volví con el coche me esperaban en el portal: el capitán llevaba un par de pistolas en sus bolsillos, y mi amo dos espadas bajo su capa.

Entraron en el coche, subí al pescante y dije al cochero:

—Al bosque de Boloña.

—M. Eugenio, dijo entonces el capitán, si soy muerto devolveréis esta sortija á mi pobre María; es la sortija de boda de su madre, una digna mujer que debe estar gozando de la dicha eterna, si no hay en los cielos menos injusticia que en la tierra. Despues mandareis que me entierren con mi cruz y mi espada.....

—¿Y por qué esos pensamientos, capitán? exclamó mi amo; son demasiado tristes para un valiente militar.

—Todo ha ido mal para mí desde 1815, respondió M. Dumont; pero me habeis prometido velar por mi niña, y vale mas un protector jóven y rico que un padre viejo y pobre.

M. Eugenio no quiso importarle mas, y el viejo guardó silencio hasta que llegamos al lugar de la cita.

Un cabriolé nos seguia á algunos pasos, y M. Alfredo bajó de él seguido de sus testigos.

Uno de ellos se dirigió á nosotros.

—¿Cuáles son las armas del capitán? preguntó.

—La pistola, respondió este.

—Quédate en el fiacre y guarda las espadas, me dijo mi amo.

Y se internaron en el bosque.

No habian pasado diez minutos cuando oí dos detonaciones, que me hicieron dar un salto; todo habia concluido para uno de los adversarios, pues se pasaron otros diez minutos sin que el ruido se renovase.

Metido en el fondo del fiacre, no me atrevia á mirar al exterior; pero pasado algun tiempo, la portezuela se abrió violentamente.

—Cantillon, las espadas, dijo mi amo.

Se las presenté y extendió el brazo para tomarlas; tenia en el dedo la sortija del capitán.

—¿Y..... y..... y el padre de Mlle. María? pregunté balbuceando.

—¡Muerto!

—Estonces, esas espadas.....

—Son para mí.

—¡Para vos! ¡En nombre del cielo, dejadme acompañaros!

—Bueno, ven conmigo.

Salté del fiacre y seguí á mi amo, que se internó en el bosque. El corazón se me habia puesto mas chico que un guisante, y un temblor frio agitaba todo mi cuerpo.

No habiamos andado cien pasos cuando ví á M. Alfredo de pié y riendo en medio de sus testigos.

—Ten cuidado, bárbaro, dijo de pronto mi amo empujándome violentamente á un lado.

Dí un salto atrás, y entonces ví que en mi turbacion iba á pisar el cuerpo del capitán.

M. Eugenio dirigió una mirada al cadáver; luego se acercó al grupo, dejó las espadas en tierra y dijo:

—Ved, señores, si tienen igual longitud.

—Segun eso, ¿no quereis dejar este negocio para mañana? preguntó uno de los testigos.

—Imposible.

—No importa, amigos míos, dijo M. Alfredo; el primer combate no me ha fatigado, y solamente quisiera, ántes de empezar, beber un vaso de agua. Tengo una sed horrible.

—Cantillon, dijo mi amo, ve á buscar un vaso de agua.

Tenia tantas ganas de obedecer como de que me ahorcasen; pero M. Eugenio me hizo una señal con la cabeza y tomé el camino del *restaurant* que está á la entrada del bosque.

En diez minutos me hallé de vuelta, y presenté el vaso á M. Alfredo, diciendo para mi capote:

—¡Así te sirva de veneno, pillor!

Tomó el vaso sin que temblase su mano; pero cuando me lo devolvió pude notar que el borde estaba como roído, de tal manera lo habia apretado entre sus dientes.

Me volví, arrojando el vaso por cima de mi cabeza, y ví á mi amo que se habia preparado durante mi ausencia. Estaba en mangas de camisa y con los brazos desnudos. Me acerqué á él y le dije:

—¿No teneis nada que mandarme, señor?.....

—No, respondió; no tengo padre ni madre; pero si muero, darás este papel á María.

Escribió rápidamente con un lápiz algunas palabras en una hoja de su cartera, que arrancó y me entregó.

Luego arrojó una mirada al cadáver del capitán, y avanzó hasta su adversario, diciendo:

—Vamos, señores.

—Pero no teneis testigos, advirtió M. Alfredo.

—Uno de los vuestros me servirá, respondió mi amo.

—Ernesto, dijo M. Alfredo á uno de sus amigos, pasad al lado de este caballero.

Obedeció el testigo y su compañero tomó las espadas, colocó á los adversarios á cuatro pasos de distancia, puso á cada uno la empuñadura de una espada en la mano, cruzó los hierros y dió un paso atrás, diciendo:

—Empezad, señores.

Cada uno de los adversarios dió un paso adelante y las hojas de las espadas se cruzaron hasta la empuñadura.

—Retroceded, dijo mi amo.

—No es mi costumbre romper la línea, respondió M. Alfredo.

—Como gustéis.

Y M. Eugenio dió un paso atrás, recobrando la guardia. Pasaron diez minutos.

Las espadas voltejaban una en torno de otra, rápidas como unas serpientes; M. Alfredo atacaba; mi amo, siguiendo sus golpes con mirada segura, acudía á las paradas con tanta tranquilidad como en una sala de armas.

Yo estaba ciego de cólera: si el criado de M. Alfredo hubiera estado allí, le habría estrangulado.

El combate continuaba: M. Alfredo reía con cierta amargura; mi amo estaba tranquilo y frío.

—¡Ahl dijo M. Alfredo.

Su espada había tocado á mi amo en un brazo, y la sangre corría.

—No es nada, respondió este; continuemos.

Los testigos se aproximaron, y M. Eugenio les hizo con la mano una señal de que se alejasen: su adversario aprove-

chó este momento y se tiró á fondo; mi amo llegó tarde á una parada en segunda, y la sangre corrió de su cuello.

Me senté en el suelo, porque no podía tenerme en pié.

Sin embargo, M. Eugenio continuaba frío y tranquilo: solamente sus lábios entreabiertos dejaban ver sus dientes apretados.

En cambio, su adversario se fatigaba y gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

Mi amo dió un paso adelante, y M. Eugenio retrocedió.

—¡Ahl Yo creía que no retrocedíais jamás, dijo M. Eugenio.

M. Alfredo amagó una estocada, y la espada de mi amo llegó á la parada con tal fuerza, que la de su adversario se dobló como una paja. Su pecho se encontró un momento descubierto, y la espada de M. Eugenio se hundió en él, desapareciendo hasta el puño.

M. Alfredo extendió los brazos, soltó la espada, y permaneció de pié sostenido por el hierro que le atravesaba: M. Eugenio retiró la espada, y su adversario cayó á plomo.

—¿Me he conducido como un hombre de honor? preguntó á los testigos.

Hicieron estos una señal afirmativa, y luego se acercaron á socorrer á M. Alfredo.

Mi amo se aproximó á mí.

—Vuelve á Paris, me dijo, busca un notario, y llévale á casa: cuando yo llegue quiero encontrarle allí.

—¿Es para hacer el testamento de M. Alfredo? exclamé; creo que os podeis ahorrar ese trabajo, porque se retuerce como una anguila y arroja sangre por la boca, y ya sabeis que eso es una mala señal.

—No es para eso, me contestó.

—¿Para qué era entonces? exclamé á mi vez interrumpiendo al cochero.

—Para casarse con la señorita María y reconocer á su hijo, respondió Cantillon.

—¿Hizo eso?

—Sí, señor. Despues me dijo: Cantillon, nos vamos á viajar; quisiera que te quedases á mi servicio, pero ya comprendes que no puede ser. Hé aquí mil francos; te regalo el cabriolé y el caballo: dedícate á lo que quieras, y si algun día tienes necesidad de algo acude á mí antes que á nadie.

Como tenia lo principal para establecerme, me metí á cochero.

Hé aquí mi historia, mi amo ¿á dónde quereis que os lleve?

—A mi casa; acabaré mis visitas otro dia.

Volví á casa, y escribí la historia de Cantillon tal como me la habia contado.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN DRAMA NEGRO

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. RAMON ORTEGA Y FRIAS

CAPITULO PRIMERO.

EL CURA, EL AMA Y EL SACRISTAN.

Estaba la noche fria, pero despejado el horizonte, brillando las estrellas y dejando ver la luna su faz nacarada.

Las doce acababan de dar.

Los pacíficos habitantes de la aldea dormian profundamente, y el silencio era absoluto por todas partes.